

El “experimento social” de Carapan

Marco A. Calderón Mólgora*

El objetivo de este trabajo es analizar algunos aspectos relevantes del “experimento social” de Carapan, Michoacán, financiado por la Secretaría de Educación Pública (SEP) en los años de 1932 y 1933. La idea central de ese “laboratorio cultural” era encontrar métodos adecuados para lograr la “incorporación” o “asimilación” de los indígenas a la nación y al Estado posrevolucionario. La experiencia de Carapan es considerada como un momento emblemático del indigenismo posrevolucionario en México y uno de los antecedentes significativos de Instituto Nacional Indigenista (INI); no obstante esa relevancia “simbólica” e histórica, y a pesar del libro de Moisés Sáenz publicado por vez primera en 1936, se sabe poco sobre el contexto y las circunstancias en los que se echó a andar y se desarrolló el proyecto. Por otro lado, aún es necesario llevar a cabo una reflexión crítica en torno a las consecuencias sociales y culturales de la política basada en “experimentos sociales” promovida por la SEP. Este trabajo es parte de una investigación relacionada con la historia sociocultural del indigenismo y la construcción del Estado populista en México. El texto ilustra algo de la forma en que las relaciones de poder dentro de la Cañada de los Once Pueblos —región donde se ubica Carapan— influyeron en el desarrollo del experimento; muestra también el hecho de que los conflictos y las diferencias entre funcionarios de la SEP afectaron el curso de los acontecimientos.

En la década de 1930 surge la idea de integración como alternativa a la idea de asimilación (véase Loyo, 2006), lo que implicó un cambio formal en la política indigenista (véase Calderón y Escalona, 2011). Mientras que asimilación supone la eliminación de una serie de prácticas y creencias que, a juicio de las élites políticas, frenaban el progreso. Integración supone, en teoría, la posibilidad de conservar muchos de los elementos de las culturas tradicionales. Una tensión y contradicción similar se dio en muchos otros países, tanto de América Latina, como de África y Asia. En México, la experiencia de la estación experimental (EE) influyó en la forma de percibir el llamado “problema indígena” y desde luego en la forma en que se pretendía resolver.

* Profesor-investigador en el Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán. Una primera versión de este trabajo fue publicada en el *Anuario de Estudios Indígenas XIII*, de la Universidad Autónoma de Chiapas en el año 2009.



Antecedentes

Desde la creación de la SEP en 1921, los recursos públicos destinados a la educación fueron muy significativos. En efecto, en la década de 1920 se multiplicaron las escuelas y los maestros rurales; sin embargo, pese a las buenas intenciones y los numerosos esfuerzos, el proceso de cambio cultural fue mucho más complejo de lo que suponían las élites políticas de la posrevolución. Además, los resultados no fueron necesariamente los que se esperaban. Los campesinos, tanto indígenas como mestizos, eran difíciles de “civilizar” y en muchas ocasiones se resistieron a la asimilación y al cambio; pronto fue evidente que no era para nada sencillo convencer a los habitantes del campo de las “obvias” ventajas del progreso y la civilización.

En México, como en muchos otros países, las élites políticas no tenían ninguna duda sobre la “inevitabilidad” del proceso civilizatorio y sobre las virtudes de la ciencia en relación con el progreso social y la formación de una nación moderna. Bajo ese contexto, uno de los problemas centrales de la industrialización era educar a los habitantes del campo. Mientras que la ciudad era el espacio de la civilización por excelencia; el campo era el contexto del retraso. Los sujetos rurales eran una suerte de seres salvajes, susceptibles, eso sí, de ser civilizados y de ingresar al mercado de trabajo en constante expansión. Esta era una percepción común que trascendía con mucho las fronteras mexicanas. De hecho, en diversas latitudes del planeta se echaron a andar varios “experimentos” educativos en contextos rurales más o menos en la misma época, como fue el caso de Escocia, la India, Corea, China e incluso los Estados Unidos. En Norteamérica, en efecto, hubo de hecho una producción muy importante de investigaciones sobre el papel de la educación rural en la formación de la nación, siendo Mabel Carney (1912) una de las figuras más destacadas. Ella desempeñó un papel muy importante en el Teachers College de la Universidad de Columbia, cuando personajes como Moisés Sáenz, Rafael Ramírez y Elena Torres estudiaron ahí en diferentes momentos de la década de 1920.

En el caso mexicano, la SEP financió varios “experimentos sociales” cuya finalidad principal era civilizar a los habitantes del campo, la mayoría de ellos indígenas. Un antecedente muy significativo de esta política educativa fue el proyecto de desarrollo regional del Valle de Teotihuacan, encabezado por Manuel Gamio en los últimos años de la década de 1910 (véase Gamio, 1918; 1922; 1924). De hecho es posible afirmar que Gamio sentó las bases de la educación rural en la era del populismo. En el año de 1923, siendo José Vasconcelos secretario de Educación, se echaron a andar las misiones culturales itinerantes. Gamio era entonces subsecretario de



educación y trabajaba además en su proyecto sobre la población del Valle de Oaxaca, un “experimento” muy similar al que había llevado en Teotihuacan (véase Gamio, 1923).

Las misiones culturales itinerantes estaban conformadas por varios especialistas que daban clases a los maestros y las maestras rurales. Los misioneros se instalaban en un pueblo estratégico y maestros de varias localidades cercanas asistían a las clases y a las actividades organizadas por la misión. La trabajadora social, encargada de convivir con las mujeres, en especial con las amas de casa, era parte esencial del equipo. Las misiones eran también “institutos sociales” ya que sus integrantes no sólo impartían clases y organizaban festivales cívicos y deportivos, sino que realizaban además investigaciones en torno a los recursos naturales disponibles y otros temas, como las necesidades y los problemas de los habitantes locales. Esas pesquisas, se pensaba, eran indispensables para encontrar métodos civilizatorios adecuados. En este sentido, las misiones eran consideradas “experimentos sociales”.

En poco tiempo fue posible apreciar que las tres semanas dedicadas a cada región eran insuficientes para alcanzar los ambiciosos objetivos de la SEP; por eso, a partir de 1928 el tiempo de estancia se extendió a cuatro semanas. Esa semana adicional era utilizada para una investigación sobre el lugar en que habría de verificarse el instituto. Los misioneros dedicaban los primeros días a “conocer el vecindario” y “la escuela del lugar”; buscando “darse cuenta de las condiciones en que se desarrollaba la vida de la gente” (Sáenz, 1928: 14-15). También en los cursos de entrenamiento, los misioneros aprendían técnicas para hacer encuestas. Aquellos agentes de la civilización debían de considerar a la escuela y la aldea como “verdaderos laboratorios”.

Por el mismo periodo surge la propuesta de crear misiones culturales permanentes. El proyecto original era constituir cinco instituciones fijas distribuidas de forma estratégica a lo largo de la república. Estos institutos permanentes fueron también concebidos como laboratorios. Como lo señala Manuel Puig Casauranc, “para no perder el tiempo y para hacer científico el experimento”, se envió a varios expertos a cada región elegida para realizar un “estudio detallado del estado... de la organización social existente y de las necesidades” (Puig, 1928: 8). También se realizaron estudios preparatorios sobre “la situación agrícola e industrial en cada zona” (Puig, 1928: 8). Para Puig, gracias a la acción conjunta de la escuela rural y de las misiones culturales, tanto itinerantes como permanentes, así como de otras “agencias civilizadoras”, habría de lograrse “la transformación social indispensable... para la incorporación de las comunidades rurales a la vida civilizada, en especial de las masas indígenas” (Puig, 1928: 8). Las dos primeras misiones culturales permanentes comenzaron a funcionar en el año de 1928, en Xocoyucan, Tlaxcala, y Actopan,



Hidalgo, respectivamente. Esta última es un caso muy importante dado que ahí Carlos Basauri estuvo trabajando un tiempo, realizando algunas investigaciones sociales con los indígenas otomíes del Valle del Mezquital (véase Basauri, 1930). De hecho puede considerarse como uno de los antecedentes más significativos de la Estación de Carapan (véase Calderón, 2012).

A pesar de todo el esfuerzo realizado y de todos los recursos invertidos, pasado un tiempo comenzaron a surgir varias dudas y distintas críticas a las misiones permanentes. En ese contexto, iniciada la década de 1930, surge una nueva iniciativa: la creación de un centro de investigación cuyo principal propósito fuese investigar y experimentar los métodos adecuados para llevar a feliz término el proceso de homogeneización cultural y de incorporación de la población indígena. Fue así que, apoyados por la SEP, a la mitad de 1931, Moisés Sáenz, Pablo González Casanova y Carlos Basauri conforman la Comisión de Investigaciones Indias (CII). El primer plan organizativo de la CII fue elaborado por Basauri, quien estaba convencido de la necesidad de “practicar estudios científicos” que proporcionaran a la SEP conocimientos adecuados “para establecer sistemas educativos” acordes a “las verdaderas necesidades de las diferentes tribus indígenas” de México. Para “formar una nacionalidad coherente y definitiva y una verdadera patria”, pensaba, era indispensable propiciar la “fusión cultural”, así como “la unificación lingüística y el equilibrio económico” de los grupos indígenas. Basauri proponía como tarea inicial de la CII elaborar “una clasificación y selección de regiones geográficas de la República” tomando en cuenta “las condiciones de vida de las tribus”. El interés de la SEP era buscar el “desarrollo”, así como el “mejoramiento físico, cultural y económico” de dichas poblaciones. Ese etnólogo planteaba la posibilidad de establecer varios *laboratorios sociales* en diferentes regiones para poder así captar las especificidades culturales e históricas regionales (Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública [AHSEP], DMC, Caja 76, Exp. 18).

Mientras que Basauri elaboraba documentos y viajaba por México buscando un lugar adecuado para llevar a cabo ese nuevo experimento, Sáenz viajó a Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia por algunos meses, tiempo durante el cual recolectó información con la que después publicaría dos libros: uno *Sobre el indio ecuatoriano* y otro *Sobre el indio peruano*. Ambos textos se preguntaban sobre la mejor forma de incorporar a los indígenas al “medio nacional”. Una vez de regreso a México en febrero de 1932, Sáenz se dio a la búsqueda de un lugar adecuado para llevar a cabo su experimento social y en el mes de mayo escribió un documento sobre las bases para establecer una “Estación de Incorporación del Indio” (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18).



Carapan y la Cañada de los Once Pueblos

La elección del pueblo y de la región para establecer la sede del experimento no fue un proceso sencillo. En relación al lugar adecuado para llevar a cabo el proyecto, Sáenz escribe en su libro:

Deseábamos una comunidad de perfil indígena marcado, que hubiera resistido victoriosa a la lucha con el medio y hubiera sabido conservar su idiosincrasia india frente a la invasión mestiza. Pero a la vez la queríamos lo suficientemente permeable para que las corrientes externas la hubiesen ya fecundado. Nuestro problema era estudiar al indio en el punto en que comienza a ser mexicano. Era recomendable que nuestro centro de operaciones estuviese apartado de las rutas fáciles, pero no resultaría conveniente localizarlo en un sitio inaccesible, a jornadas y jornadas de un ferrocarril. Buscábamos la influencia nacional, pero esquivábamos el torbellino mexicano. El éxito de nuestra empresa exigía cierto aislamiento de laboratorio. Necesitábamos realidad en el ambiente, realidad mexicana, pero era preciso que las fuerzas invasoras se atemperasen y pudieran, en un momento dado, ser encauzadas. Las queríamos vívidas y genuinas, pero siervas de nuestro propósito experimental, no dueñas de nuestra acción. La comunidad no había de ser demasiado grande ni muy compleja, que es en las agrupaciones primitivas donde mejor pueden observarse los fenómenos sociales que nos proponíamos analizar (Sáenz, 1936: 1-2).

Sáenz no buscaba “indígenas puros” como Basauri, sino indígenas que de hecho compartían ya algo de la “cultura nacional”. *En busca de indios*, Sáenz, Basauri y Pablo González Casanova hicieron un primer viaje exploratorio al sur del país. A principios de junio de 1932, aquel equipo viajó junto con Narciso Bassols a la Mixteca y al Valle de Oaxaca, visitando distintas escuelas. Estando allí, Sáenz recordó la existencia de un lugar desconocido para él, cuyo nombre sabía por referencias y que le parecía romántico: *La Cañada de los Once Pueblos* (Sáenz, 1936: 2). Gracias al agrónomo Camarena, miembro de una misión cultural en la Mixteca, Sáenz supo que se trataba de un lugar con muchos atractivos (Sáenz, 1936: 4).

Sáenz y Basauri compartían varias preocupaciones: ambos creían seriamente en el progreso, en la necesidad de homogeneizar culturalmente a la población y en propiciar la unificación lingüística del país; sin embargo, existían también diferencias importantes entre ambos personajes. Aunque Basauri creía en la redención del indio, muchos de sus planteamientos partían de un esquema evolucionista que incluso rayaban en el racismo, como lo deja ver en uno de los trabajos que escribió sobre Actopan bajo el título “Causas de algunos estigmas de degeneración física que presentan los indios”, en el cual sostiene que las uniones sexuales prematuras, la alimentación defectuosa, el alcoholismo y la falta de higiene, constituían los cuatro elementos explicativos de la “degeneración” de las razas indígenas (véase Basauri, 1930). Por su lado, Sáenz era un culturalista; el atraso se explicaba por la historia y por la falta de una educación adecuada entre la mayoría de la población campesina. Mientras que Sáenz estaba interesado en encontrar un punto de equilibrio



entre investigación y acción social, Basauri estaba convencido de la necesidad de elaborar primero estudios científicos detallados y consistentes para después pasar a la práctica. Estas diferencias entre investigación, teoría y práctica habrían de reproducirse incluso una vez establecida la Estación Experimental de Carapan. Poco a poco las diferencias entre ambos personajes se irían haciendo más evidentes hasta llegar a ser irreconciliables.

El equipo de la CII después del viaje a Oaxaca regresó a la Ciudad de México, para partir pronto hacia La Cañada. En aquel recorrido Sáenz se convenció de que Carapan constituía un lugar ideal para fijar la base de la estación de incorporación: “Si bien es cierto que la gente de La Cañada son típicamente indígenas”, afirma Sáenz, “lo es también que están acostumbrados al trato exterior y han recibido influencias del medio social mexicano. La gente es desenvuelta, no es hosca ni arisca, recibe a los visitantes en su casa con los modales de un campesino cualquiera de México; son corteses, hospitalarios y afectos a la conversación” (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18).

Una característica importante del agrarismo local era su acendrado anticlericalismo. Las iglesias de toda La Cañada permanecían cerradas y los pueblos estaban divididos: por un lado los agraristas, por otro, los llamados fanáticos o tradicionalistas, católicos “recalcitrantes” que consideraban un sacrilegio el hecho de que los templos permanecieran cerrados. Se trata de una región en la que Ernesto Prado se convierte en el principal cacique regional y en el líder de los agraristas. Echando mano de la violencia y con el apoyo de pequeños líderes locales, Prado controló no sólo la presidencia municipal de Chilchota, sino una región más amplia. Aquel cacique era amigo personal del gobernador de Michoacán, Lázaro Cárdenas del Río y sus redes se extendían hacia Morelia y otras regiones, como la sierra purépecha (véase Calderón, 2005). Evangelina Rodríguez Carvajal, maestra inspectora de aquella región quien acompañó a Sáenz a su primer recorrido por La Cañada le indicó desde el principio la necesidad de contar con el apoyo de los hermanos Prado para llevar a cabo el proyecto (Sáenz, 1936: 10).

En relación con el contexto político, Sáenz señala:

Existe en La Cañada una división entre el elemento revolucionario, capitaneado por Prado, y “Los otros”. Esta vaga designación se refiere a la masa más o menos pasiva de la población, que no está de acuerdo con la transformación que impulsan los elementos de Prado; comprende a las mujeres fanatizadas y a los viejos más o menos reaccionarios... Los “agraristas” compusieron a su manera (y según su conveniencia, dicen los opositores) la cuestión de tierras; mantienen cerrados todos los templos, se oponen a ciertas fiestas y celebraciones de carácter religioso o tradicional; prohíben la venta de alcohol; apoyan al gobierno; son miembros de la Confederación Regional Michoacana de Trabajadores (Sáenz, 1936: 24).



A pesar de todos los problemas políticos en La Cañada, Sáenz consideró que la región representaba “un buen campo para el establecimiento de la Estación de Incorporación del Indio”. Más de dos docenas de indígenas de la región vivieron por varios años en los Estados Unidos trabajando como braceros. Al mismo tiempo, aquellas personas no parecían “encallecidas e indiferentes ni hostiles, sino por el contrario, muy deseosas del progreso y listas para colaborar con las personas que lo promuevan”. Los pueblos de La Cañada constituían “un verdadero laboratorio de experimentación social, en el que, concentrándose en diferentes agencias del gobierno, se definirán programas, modalidades de acción, métodos y procedimientos encaminados a obtener los medios más eficaces para realizar los propósitos educativos y sociales que el gobierno de la República trata de realizar acerca de los campesinos”. El mismo documento indica: “De una manera general, la Comisión de Investigaciones Indias estudiará en la Estación todo lo concerniente a los medios para lograr el mejoramiento efectivo de los indígenas mexicanos, no sólo en el campo tradicional y clásicamente educativo, sino también en los aspectos económicos, sanitarios y sociales que son el antecedente necesario de toda obra educativa”. Para lograr dichos objetivos, era indispensable que la Estación Experimental contara no sólo con el apoyo de la SEP, sino del Departamento de Salubridad Pública y de la Secretaría de Agricultura y Fomento. El entonces secretario de educación, Narciso Bassols estuvo de acuerdo y los trabajos comenzaron (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18).

La estación experimental de incorporación del indio

Antes de instalarse físicamente en Carapan, los trabajos de la CII iniciarían en la Ciudad de México. Sáenz estaba convencido sobre la necesidad de iniciar con la elaboración de un censo. En el área de demografía se incluían muchos elementos que eran del interés de Basauri como raza, parentesco, religión, “defectos físicos y mentales”, además de los temas recurrentes de cualquier censo poblacional como nombre, sexo, edad, estado civil, ocupación e ingresos.

Se incluía un apartado sobre estructura social con distintos elementos: edad en la que se casaban, hijos casados, hijos emigrantes, hijos repatriados; aparece también un apartado sobre cultura material (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18). Era desde luego importante elaborar un inventario de los recursos naturales de la región para determinar las posibilidades de explotación económica. Se incluía un estudio estadístico en relación con la distribución de la tierra, aguas y bosques. Las formas de la propiedad de la tierra habrían de ser analizadas. La agricultura y la ganadería eran otros temas muy importantes. Sáenz incluye además cuestiones de economía, industria, comercio,



comunicaciones, crédito y costo de la vida (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18). La investigación lingüística habría de estar bajo la dirección de Pablo González Casanova, quien sería el encargado de recolectar datos sobre la población hablante del castellano y del tarasco, así como de su distribución por pueblos tomando en cuenta sexo y edad. Habría que indagar también sobre “la naturaleza del conocimiento lingüístico de la gente” y sobre “los grados de conocimiento del castellano”. Una vez obtenidos esos datos, se establecerían relaciones estadísticas y sociológicas “entre los dos idiomas... para formular... *el programa de castellanización*” (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18).

Respecto a los trabajos preparativos, Sáenz recuerda:

Estudiamos cuanto pudimos en los pocos días de preparación y escribimos, al fin y al cabo, muchas cuartillas. El programa fue tomando cuerpo. Yo, en mi calidad de director, bosquejé el proyecto general: rumbos, propósitos, método. Carlos Basauri, etnólogo, listó las observaciones que habrían de hacerse sobre la cultura de La Cañada y sobre todos los fenómenos del dominio de la etnología. Miguel O. de Mendizábal hizo la nómina de los estudios económicos: censo agrícola, análisis del régimen de propiedad, comercio y pequeña industria, observaciones del medio físico-agrícola. Se estudiarían las mejores aconsejables y se organizaría el pequeño crédito. Pablo González Casanova delineó los estudios de lingüística relativos al tarasco y enfocó el problema concreto de la castellanización de la población. Salubridad no había nombrado todavía el médico que adscribiría a la estación pero el problema relativo mereció desde el principio la más cuidadosa consideración... En los aspectos culturales de instrucción y recreación queríamos desarrollar las actividades que las misiones rurales habían señalado, complementándolas quizá con una acción más organizada en la comunidad adulta y con las expresiones no materiales de la recreación. En cuanto a la instrucción de los niños se pidió que todas las escuelas de La Cañada quedaran bajo la dirección de la estación (Sáenz, 1936: 29-30).

Desde los primeros días, la CII impulsaría “algunos trabajos de socialización y de culturalización del vecindario”, además de comenzar con “una labor de mejoramiento escolar” (AHSEP, DMC, Caja 75, Exp. 18). Las actividades sociales permitirían no sólo estrechar los vínculos de los miembros de la estación con los habitantes, sino también crear un contexto adecuado para llevar a cabo el censo y las encuestas.

La forma en que habría de nombrarse aquel experimento fue objeto de una larga discusión, como lo indica el propio Sáenz:

“Estación de incorporación”, “Estación de incorporación indígena”, “Estación de incorporación del indio”: variantes de estilo. Pero luego proponíase: “Instituto social rural”, “Instituto de investigaciones indias”, “Laboratorio de sociología indígena”, que denotaban conceptos diferentes. Conocíamos las Misiones Culturales y lo que planeábamos era una suerte de misión cultural permanente asentada en comunidades indígenas, pero precisamente porque las “misiones” habían adquirido una fisonomía muy suya, queríamos nombre distinto para lo nuestro (Sáenz, 1936: 13).



Después de muchas especulaciones, el primer nombre que recibió aquel “experimento” fue el de “Proyecto de incorporación indígena”. Era un proyecto, argumentaba Sáenz, “en el sentido que dan al término los ingenieros”. Esto es: “Una unidad de actividades que se desarrolla para realizar un plan científicamente trazado” (Sáenz, 1936: 14). Sin embargo, después de unos días, ese nombre fue desechado. Al final se llamó “Estación experimental de incorporación del indio” dado que la idea era “crear un instituto de estudio y de investigaciones de orden etnológico y, más ampliamente, sociológico”. Se buscaba también llevar a la práctica “un programa de acción tendiente a culturizar al indio y a mejorar sus condiciones de vida y a lograr la integración de las comunidades al conglomerado social mexicano” (Sáenz, 1936: 15-16).

En el curato de la iglesia se instala la oficina de la EE. En un cuarto alquilado se estableció una clínica. Una casa rentada fue habilitada como habitación. Ernesto Prado prestó una casa y ahí se instalaron los dos agrónomos de la Estación. Basauri y su esposa rentaron un espacio aparte. Ernesto Prado organizó una asamblea para dar la bienvenida a los miembros de la estación un día después de la llegada del equipo. El grupo de los *fanáticos* se negaba a colaborar con las actividades que estaba organizando Sáenz y su equipo. Una de las primeras acciones de la EE fue la instalación de una pequeña clínica. Desde el inicio, la demanda de asistencia médica fue muy elevada; por ello fue preciso establecer un horario de consultas. Sáenz esperaba ganar la confianza de la población a través de la clínica (AHSEP, DECI, Caja 45).

Pocos días después de la llegada del equipo, se convocó a una asamblea con los vecinos para explicarles los objetivos del proyecto. En aquella ocasión, según Sáenz, hubo consenso entre la población respecto a las bondades de la creación de un centro social. La vieja capilla sería habilitada como lugar de reuniones culturales. Se constituyó entonces un comité *ad hoc*.

A pesar del optimismo inicial de Sáenz, pronto fue evidente que muchas personas no veían con simpatía aquel proyecto. Pese a las resistencias, la capilla fue transformada y convertida en un centro social gracias al apoyo de los agraristas (AHSEP, DECI, Caja 45). Como en las misiones culturales, la idea era crear nuevos espacios de socialización. En las noches se reunía la gente y los miembros de la estación organizaban distintas actividades recreativas. El libro de Sáenz sobre Carapan ofrece varios ejemplos. Se leía el periódico, se escuchaba música o se organizaba alguna celebración patria. La proyección de películas era una de las principales atracciones. A juicio de Sáenz, esas reuniones sociales eran todo un éxito. Vale la pena retomar la narración de una de esas reuniones:



Con el anuncio del cine, la gente no cabía en el salón. Hay cuando menos una tercera parte de mujeres.

Nájera hace la lectura del periódico... Lee una noticia sobre los jueces de lo civil que se han solidarizado con el presidente, por ejemplo, y les explica qué son jueces, cuántas clases hay, qué es la Suprema Corte, la División de Gobierno de la Nación en tres poderes, y al fin de tanta explicación casi no lee. Por otra parte, la señora Reyna lee dos fábulas, pero antes tiene que explicar lo que es una fábula, hace preguntas sobre los animales que en las que va a leer intervienen y todavía después de leer, atormenta al auditorio queriendo que deduzca la moraleja. Es demasiado didactismo.

De "Lecturas Clásicas Infantiles" leí la escrita por Luis González Obregón sobre el sitio de México Tenochtitlán. No doy muchas explicaciones, aunque por vía de introducción, ambienté la lectura en medio minuto, hablando de la venida de los españoles y la Conquista. Mostraron interés. Eran dos de los temas de atracción, el guerrero y el indio propiamente.

Hicimos un experimento interesante. Les dije que iba a poner dos piezas en la victrola, que quería que se fijaran bien y que me dijese después cuál les gustó más. Se puso en seguida un fox de jazz de los más bonitos y con buena orquesta y después la marcha de los Contrabandistas, de Carmen, ejecutada por la Sinfónica de Filadelfia, bajo la Batuta de Stokowski. Escucharon con reconcentrada atención y luego, ordenadamente tomamos las opiniones. Por el jazz hubo quince votos, por la marcha todos los otros. La cosa fue clara.

De cine les di una película del mar en Acapulco, con mucho juego de olas. Les gustó. Les llamaba la atención la piel negra de algunos bañistas, así como otros tenían el color blanco (Sáenz, 1936: 148-149).

Salvador Novo, en su paso por Carapan, llegó a leer "unos cuentos que la gente entendió y gozó" (Sáenz, 1936: 146). La descripción de Novo ofrece algunos contrastes interesantes en relación con la percepción de Sáenz:

La capilla está llena, rebotante de indígenas, viejos graves, mujeres gordas, jovencitos sudorosos, chiquillos. Presidimos frente a ellos como si fuéramos a dar misa, y el primer número de la función consiste en la lectura que hace el señor Nájera de un periódico bastante atrasado... Ya todas esas cosas que dice el periódico ocurrieron en ese otro mundo de la lejana ciudad al que no irán nunca estos indios. Afortunadamente para ellos, no entienden nada de cuanto les lee el señor Nájera, por más que les explica. No se produce contacto alguno entre su atención y la noticia de aquel planeta que es la ciudad de México. Pasamos a otra cosa, que nos canten, y luego cada uno de nosotros tiene que referir un pequeño cuento a los indios... Después se exhibe una película que Moisés ha tomado de una boda en el pueblo. No puede describirse el júbilo de aquella gente al reconocerse en la procesión pintoresca, en las danzas, en los novios (Novo, 1933: 54-55).

Para Sáenz el centro social representaba una de las principales acciones de la estación experimental (EE); de hecho, un aporte importante de su libro sobre Carpan narra las reuniones sociales que se llevaron a cabo en el periodo durante el cual dirigió aquel "experimento". Desde el plan original de organización se propuso crear centros sociales en todas las poblaciones de La Cañada. Para el mes de noviembre solicitó lámparas, vitrolas y bibliotecas para los pueblos de Tanaquillo y Urén. En ambas localidades las iglesias estaban destinadas a la creación de centros sociales como el de Carapan; sin embargo, por la falta de condiciones adecuadas, dichos proyectos permanecían estancados. "La Estación cree haber encontrado una forma de programa adecuado... y está lista



para desarrollarlo”. Sáenz solicitaba alumbrado, dos vitrolas y libros para una biblioteca; pedía también cuatro lámparas de gasolina “y unos veinticinco discos para cada una y dos bibliotecas del tipo rural”, similar a la que se estableció en Carapan. “Los discos deberán ser variados, de música buena de orquesta y de banda, de la llamada clásica como una tercera parte y música popular mexicana, canciones especialmente, otra tercera parte; de música de jazz una sexta parte y de piezas de canto de ópera la restante sexta parte” (AHSEP, DMC, Caja 76, Exp. 18).

El eje central del proyecto era la educación. Un capítulo muy importante del libro de Sáenz sobre Carapan se titula “Escuelas”. Desde los primeros días inició el trabajo para la elaboración de un “proyecto de explotación educativa”. El diagnóstico en este aspecto no era halagüeño. Todas las escuelas estaban deterioradas y los maestros carecían de iniciativa. La idea era convertir a las escuelas en *escuelas tipo*. Para ello era indispensable crear comités de educación, construir gallineros y jardines; establecer campos de cultivo y arreglar aulas. El aseo personal era desde luego indispensable. Los integrantes de la estación iniciaron una campaña para crear conciencia entre los maestros en relación con su responsabilidad en cuanto al cambio social y cultural que se estaba promoviendo (AHSEP, DECI, Caja 45).

Sáenz solicitó cierta autonomía en cuanto al control de las escuelas bajo la jurisdicción de la estación experimental. La maestra inspectora Evangelina Rodríguez Carvajal tenía bajo su responsabilidad una amplia región que abarcaba los municipios de La Piedad, Zamora y Chilchota; se trata de un personaje incansable, firme creyente del progreso y visitante asidua de las comunidades bajo su mando. Sáenz logró que aquella fuese inhabilitada en la región de La Cañada (AHSEP, DMC, Caja 76, Exp.18). El caso de Etúcuaro es muy significativo puesto que refleja bien los ideales de Sáenz respecto a la comunidad campesina que habría de constituir el México moderno. A pesar de que Etúcuaro era parte del municipio de Tangancicuaro, Sáenz solicitó a la SEP incluir a ese pueblo dentro de la jurisdicción de la EE. Etúcuaro constituía una “comunidad de vigorosos ejidatarios”, además de contar con una “escuela que honra al pueblo y a la Secretaría”. Incluir a Etúcuaro dentro del experimento permitirá la comparación entre comunidades con diferentes niveles de desarrollo e integración. La solicitud de Sáenz fue atendida por lo que Evangelina Rodríguez Carvajal dejó de tener injerencia en la escuela de ese pueblo (AHSEP, DMC, Caja 76, Exp.18).

La EE estableció un campo para la experimentación y la enseñanza del cultivo de hortalizas. Ernesto Prado facilitó un terreno y durante los primeros días se llevaron a cabo algunas pesquisas para determinar las mejores formas de aprovechar esas tierras; la mayor parte fueron destinadas a



la instalación de “hortalizas de aprendizaje y demostración”; en algunas porciones se sembraron árboles frutales o se practicó la avicultura. Un grupo de jóvenes comenzó a trabajar en un terreno de la escuela sembrando hortalizas; mientras tanto, otro grupo inició trabajos de carpintería. Con la idea de estimular el interés de los jóvenes en dichas actividades, Sáenz decidió pagar, de su propia bolsa, veinticinco centavos al día a los alumnos que asistieran con regularidad a las prácticas (ASHEP, DMC, Caja 76, Exp.18).

Sáenz consigna en este primer informe que todos los miembros de la estación iniciaron “trabajos preliminares, para el levantamiento del censo socioeconómico”; todos ellos realizaron visitas personales y algunos recorridos por la región. Con estos elementos habrían de elaborarse varias encuestas. En teoría, Mendizábal realizaba investigaciones en torno a los antecedentes históricos de La Cañada, en particular sobre las formas de propiedad a lo largo de la historia desde la colonia hasta aquellos días; también colaboraba con los trabajos en torno a la economía. Otro de los planes era la instalación de una “estación termo-pluviométrica” que permitiera establecer algunos parámetros en cuanto al clima y sus variaciones (AHSEP, DECI, Caja 45). Por su lado, la Dirección de Agricultura planeaba establecer una estación zootécnica. Sáenz planeó también llevar a cabo estudios antropométricos, así como una serie de observaciones y mediciones entre los niños de la región de La Cañada. Para ello solicitó al jefe del Departamento de Psicopedagogía de la SEP estudios similares llevados a cabo en la Ciudad de México. En concreto pedía “cédulas antropométricas”, “indicaciones sobre la técnica de las mediciones”, así como un “muestreo de los materiales o pruebas” empleados. Para el Departamento de Psicopedagogía habría de ser un insumo la información recolectada en “un medio indígena rural” como el de La Cañada. Con ese material sería posible establecer comparaciones entre lo rural y lo urbano (AHSEP, DECI, Caja 45).

Aun cuando Sáenz planeaba permanecer en Carapan por un periodo indefinido, en febrero de 1933 abandonaría el proyecto; su inesperada salida tuvo que ver con las diferencias entre él y el secretario de Educación, Narciso Bassols. Este último acusó a Sáenz de realizar agudas críticas a la SEP en un artículo publicado en el boletín de la propia Secretaría bajo un seudónimo (véase Luna, 1934). Sáenz resume el asunto con las siguientes palabras:

Llegamos a Carapan en julio (1932). Para mediados de enero del siguiente (1933) me despedía de mis amigos de Cañada. La estación continuó por el resto del año. Salí de Carapan porque dejé la Secretaría de Educación Pública. No había relación de causalidad entre las dos salidas, sin embargo, la cuestión con el ministro Bassols, fue de opiniones y punto de vista en cuanto a la política educativa general, y particularmente, sobre las relaciones del titular y algunos altos jefes de la Secretaría, con los maestros. Menciono el hecho, únicamente para explicar por qué, no obstante mi entusiasmo y las perspectivas, corté tan prematuramente la experiencia. Cabe también decir que



siendo Carapan una creación tan mía, no podía ser heredada con buena gracia ni por Bassols, ni por un sargento de la empleomanía, Rafael Ramírez. Casi todos los compañeros que fueron conmigo a Carapan continuaron allá pero para nadie era un secreto que después de mi pugna con el ministro, la Estación estaba condenada a muerte; no precisamente porque yo fuera indispensable, cuanto porque Ramírez subrayaba su lealtad en turno combatiendo el “Saencismo”, que no existía por otra parte, más que en su mediocre y metodológica imaginación (Sáenz, 1936: 295-296).

Sáenz formuló un balance de la obra realizada en el periodo en el que estuvo a la cabeza del proyecto. En cuanto al cuestionario, afirma que se llevó a cabo; sin embargo, los resultados aún no estaban listos al momento de su salida. Por su lado, Basauri realizó varias “observaciones etnológicas”, además de múltiples “mediciones antropométricas”. Por su lado, Ana María Reyna “empeñosamente organizó las investigaciones sobre algunos fenómenos mentales”; además, en colaboración con Nájera, llevó a cabo pruebas sobre rendimiento escolar de los niños de La Cañada y “aplicó... tests de vocabulario... para medir conocimientos apreciables sobre el fenómeno del lenguaje”. Reyna organizaba además otro *test* mental que buscaba analizar “la inteligencia y las aptitudes de los indígenas de La Cañada”; iniciaba también “un estudio sobre la intensidad relativa de los motivos de ‘cooperación’ y ‘competición’ en adultos y en niños de la escuela”. Aquella psicóloga, a juicio de Sáenz, buscaba “cerciorarse de (1) hasta qué grado elegirían los individuos de La Cañada trabajar en beneficio del grupo en lugar de trabajar para sí propios y (2) hasta qué grado cederán los individuos su trabajo en beneficio del grupo si retenerlo significa ganancia personal”. El trabajo de Ana María “arrojaría luz sobre ese vago ‘espíritu comunal’ del qué tanto se habla cuando se trata de indios” (Sáenz, 1936: 296-297).

Respecto a su propio trabajo, Sáenz reporta varias actividades importantes. Echó a andar un estudio detallado sobre alfarería tomando en cuenta aspectos técnicos, económicos, estéticos y psíquicos. Otro aspecto de su interés fue “la distribución de los productos de La Cañada” además de los mercados locales. Las migraciones y la difusión cultural formaban también parte de sus pesquisas. Sobre el tema, afirma: “El problema fundamental de La Cañada era justamente el de la mexicanización... Convenía estudiar la movilidad de la gente, el choque de intereses, la modificación de la cultura en sus formas objetivas, tales como trajes, ritos, fiestas, alimentación y casa. Pretendía con todo esto, encontrar los *índices de mexicanización* y si fuera posible valorizarlos” (Sáenz, 1936: 298). En relación con las actividades vinculadas a la salud, el balance era bueno. El médico, su ayudante y la trabajadora social estaban trabajando en toda La Cañada y hasta el momento de la salida de Sáenz lograron vacunar prácticamente a todos los niños. “El entusiasta agente sanitario... padecía, decían los compañeros, un complejo de vacunación: persona a quién veía, era persona a quien vacunaba” (Sáenz, 1936: 299).



El interinato de Basauri y la administración de Corona

Carlos Basauri quedó a la cabeza de la EE de manera provisional e hizo varias críticas al trabajo desarrollado por Sáenz. Incluso desde antes de la salida de Sáenz, Basauri escribió un informe a Bassols puntualizando distintas críticas al trabajo realizado bajo la conducción de Sáenz. La EE se dedicó principalmente a actividades prácticas, mientras que las tareas de investigación fueron relegadas a un tercer o cuarto plano. Con la dirección de Sáenz, la Estación era algo muy similar a una misión cultural permanente. Sáenz se equivocaba al suponer que era suficiente con llevar a las comunidades algunos elementos “de la civilización más avanzada como la luz eléctrica, herrería, sillería, hortalizas”. Basauri creía que lo más importante era construir “una base científica” para determinar con precisión “qué de estos elementos traerán un beneficio real a los vecinos de La Cañada”. El apoyo a las industrias tendría que estar basado en investigaciones científicas y no en buenas voluntades. Para probar este argumento, Basauri elabora un detallado análisis de las condiciones de producción, costos, mercado y problemas de distribución de las sillas que se planeaba realizar en el taller de carpintería. Además de que el uso de las sillas entre los habitantes locales era poco frecuente, en Paracho había una “industria” bien desarrollada. Era claro que la industria de la sillería promovida por Sáenz estaba destinada al fracaso.

Basauri planteó a Bassols la necesidad de reorientar los trabajos de la EE. Había que comenzar haciendo investigación y experimentación hasta encontrar un método adecuado que, tomando en cuenta las especificidades regionales, fuese aplicable en otras partes del país. A pesar de que Basauri afirmó en varias ocasiones el hecho de que el país era una suma de regiones, “de estados culturales” diversos, pensaba al mismo tiempo que existía “mucho en común en todas las poblaciones rurales, principalmente en las poblaciones indígenas: características físicas, psicológicas, sociales y económicas”. Aquel personaje proponía “un amplio estudio etnográfico”, tanto de La Cañada como de otros pueblos que interactuaban con la región como Paracho, Cherán, Zamora, Purepero y Uruapan. La suma de todas esas poblaciones constituía “una verdadera unidad” (AHSEP, DER, Caja 42, Exp 32).

Después de ocho meses de trabajo, apenas se tenía un conocimiento superficial de la región. Sáenz se había negado a incluir en las tareas del censo temas relacionados a “la psicología” de los indios y a “las condiciones políticas y sociales de La Cañada”. Al no tener en cuenta estos elementos, no era posible prever las reacciones hostiles de los habitantes locales; muchos de ellos se negaban a proporcionar los datos que se requerían.



Si bien los agraristas colaboraron con el personal de la EE, muchos de los datos proporcionados por ellos eran falsos. Basauri escribe: “El resto de la población que pertenece al grupo llamado ‘fanático’, no sólo se ha negado [...] a contestar las preguntas, sino que además ha perdido la poca confianza que tenía en la estación y procura alejarse de nosotros en la creencia de que tratamos de investigar su estado económico para que les aumenten las contribuciones y para explotarlos”.

Aun cuando el pequeño grupo agrarista estaba dispuesto a colaborar, esa situación era percibida por la mayoría de la población como la prueba de que la EE estaba aliada a Prado. La desconfianza hacia cualquier tipo de autoridad civil era evidente a juicio de aquel etnólogo (AHSEP, DER, Caja 42, Exp 32).

A finales de abril de 1933 Enrique Corona Morfín sustituyó a Basauri en la dirección del experimento de Carapan, quien de inmediato inició una investigación con el fin de elaborar un diagnóstico de los trabajos realizados y de los resultados obtenidos. De hecho, escribió un amplio informe poco tiempo después de su llegada. El primer apartado lleva por título “Reverencias a Dionisio” y refiere al “uso y abuso” de bebidas alcohólicas entre los integrantes de la Estación. El segundo apartado se refiere a la “Desaprensión sexual”. Sin citar fuente alguna, Corona afirma que el relajamiento sexual practicado por varios de los integrantes de la EE no sólo escandalizaba a los habitantes locales, sino que iba en contra “de la costumbre tradicional” (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 32).

A juicio de Corona la EE dejó de ser “un cuerpo característicamente científico y técnico”, para convertirse en un “simple ‘depósito’ de exjefes y empleados sin comisión”. Si bien la EE inició como un laboratorio social, adquirió la forma de una misión cultural permanente “pobre en actuación”. Muchos fueron los errores cometidos; el pago a los alumnos de carpintería, herrería y hortalizas era uno de los más graves. Otro error grave fue “la incorporación deliberada o inconsciente de la estación a un partido político militante”. Corona se refiere a la supuesta afiliación de los integrantes de la estación al grupo político que Prado encabezaba (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 32).

El nuevo director del proyecto elaboró un programa general de trabajo que incluía tanto actividades de investigación como acciones específicas. En relación con la ciencia, el programa destacaba nueve puntos: etnografía y antropología, psicología, filología, educación, medicina e higiene, economía, agricultura y ganadería, montes y bosques y música. Al mismo tiempo, eran ocho las acciones que habrían de llevarse a cabo, destacando la puericultura como una forma de intervención *eugenésica* (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 34).



Elaboró también un proyecto de reglamento general para la EE. En primer lugar, Corona subraya el hecho de que se trataba de una Comisión de Investigaciones Indias y de una agencia federal en la que colaboraban distintas secretarías bajo el mando de la SEP. Todo el personal incluido sería financiado por la secretaría o dependencia de origen; sin embargo, la dirección estaba centralizada en la SEP. De hecho, todos los empleados estaban bajo las órdenes del jefe de la estación. Más aún, el jefe estaba facultado para “proponer a la superioridad nombramientos, remociones y ceses del personal” (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 45).

Bajo la administración de Corona, algunos de los planes de Carlos Basauri fueron llevados a cabo. Su proyecto de investigación etnográfica incluía tres elementos básicos: cultura material, estructura social y cultura espiritual. Respecto al primer punto, proponía analizar la alimentación, la habitación y la indumentaria; en relación con el tema segundo incluía el estudio del matrimonio y la familia. El punto tres implicaba analizar religión, ética, tradiciones y folklore. Con el material recolectado, Basauri planeaba realizar una extensa monografía (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 45). De hecho, la información ahí recolectada le serviría después para la escritura sobre *La población indígena de México*, publicada en 1940.

Gabriel Sánchez, agente sanitario, presentó un proyecto para investigar “remedios, curaciones e ideas de los indios respecto a las enfermedades venéreas masculinas”. Una de sus tareas era localizar a los enfermos para controlar las fuentes de contagio. Sánchez se propuso también “investigar en qué lugares y qué personas” se dedicaban “al cultivo de marihuana”. Otra de sus prioridades era vacunar a los alumnos y vecinos del pueblo cuando fuese necesario (ASHEP, DER, Caja 42, Exp. 45). El agrónomo Raúl Urrutia presentó un amplio proyecto sobre agricultura y ganadería, quien se propuso estudiar el clima considerando los vientos dominantes, las lluvias, la altitud, la vegetación, la topografía, las heladas y el granizo. Planteaba estudiar el tipo de suelo, las aguas, los métodos de cultivo, plagas y abonos. Había que determinar el tipo de cultivos y de ganado que convenía introducir (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 43).

Por su lado, la enfermera de la estación se propuso estudiar las “prácticas de obstetricia de las indias”. El embarazo, el parto, el “puerperio” habrían de analizarse. Al mismo tiempo llevaría a cabo acciones prácticas como atender partos, curar enfermos, tanto en el consultorio como en las casas. Un punto central era proporcionar “consejos teóricos y prácticos” a las comadronas. Pláticas sobre puericultura a las madres de familia no debían faltar. Estas actividades eran complementadas los viernes en el centro social de Carapan (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 45).



Como psicóloga de la EE, Ana María Reyna de Olekiewicz presentó un proyecto que daba continuidad a las labores de investigación que desarrollaba desde la administración de Sáenz. Propuso la realización de ejercicios para extender el vocabulario castellano, “la clasificación de las formas de sintaxis”, así como sobre peculiaridades fonéticas. Reyna proponía llevar a cabo varias clasificaciones: una sobre definiciones por su forma lógica para “juzgar determinados aspectos de la aptitud de razonamiento lógico”; otra buscaba entender algo “sobre el grado de cultura”, así como algunos elementos de las peculiaridades ideológicas”. Para juzgar el “factor verbal o abstracto de la inteligencia”, Ana María planteaba la elaboración de una clasificación de los términos abstractos. Un segundo aspecto de la investigación llevada a cabo por la psicóloga refiere a aptitudes del lenguaje e intelectuales (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 43).

Una actividad muy interesante de ese periodo se refiere a la iniciativa para crear un juego deportivo llamado “La chueca”, inventado por Enrique Aceves, profesor de educación física, adscrito a la estación. Rafael Ramírez mostró especial interés sobre las posibilidades de ese juego e incluso lo llamó “tenis mexicano”. Dado que se trataba de un juego que podría difundirse a otros maestros rurales, Ramírez solicitó que el autor respondiera a varias dudas respecto a la forma de sacar, a las características de la cancha y a la forma de la “raqueta” (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 41). En su respuesta, Aceves explicó que no sólo se trataba de un juego con una larga historia en La Cañada, sino que al mismo tiempo era totalmente adecuado para estimular el “desarrollo físico” de aquellos habitantes. Aquel profesor tuvo que proponer algunas modificaciones para lograr reglamentar el juego (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 41).

La trabajadora social Dalina Salgado impulsó la creación de varias organizaciones femeniles y de un club de acción social. En el centro social de Carapan dio pláticas sobre el uso de algunas medicinas además de repartir “aspirinas, cafiaspirinas y purgantes de sulfato de sodio”. También en el centro social fue exhibida la película *Revolución*, un filme que mostraba algo de lo que había sido el movimiento revolucionario. El día 20 de noviembre se llevó a cabo una manifestación antialcohólica y un festival cultural para conmemorar la Revolución (AHSEP, DER, Caja 42, Exp. 32). Aun cuando Dalina tenía planeado llevar a cabo varias actividades en los primeros meses de 1934, la estación experimental desaparece iniciado el nuevo año. Al parecer, las críticas y sugerencias de Corona serían finalmente tomadas en cuenta por Narciso Bassols.

Enrique Corona reconoció algunos aspectos positivos llevados a cabo por la EE. “Las consultas, las visitas a domicilio en los diversos pueblos de La Cañada y las atenciones a los niños en las escuelas produjeron saludable impresión entre el vecindario”; poco a poco aquellos



habitantes se habían dado cuenta de la importancia de ese “género de actividades”. Además, la doctora y la enfermera daban “pláticas sencillas sobre higiene personal” y del hogar, así como de “profilaxis de enfermedades contagiosas”. El mismo personaje reporta otras actividades prácticas organizativas como la “reorganización de las ligas de mujeres” en Urén y Tanaquillo y la constitución de una liga antialcohólica en Carapan. Se formaron clubes de economía doméstica en Ichán, Tacúro y Carapan. Se llevaron a cabo algunos festivales cívicos, así como diversas visitas domiciliarias. Respecto a la higiene y medicina, en un lapso de cuatro meses se realizaron cerca de 500 consultas, nueve pequeñas cirugías, 83 inyecciones, 681 vacunas para los alumnos, 307 curaciones de “pústula maligna”, cinco partos y un aborto. Asimismo se impulsaron campañas “pro-cama, aseo personal y comunal e higiene escolar”. En materia de educación se realizaron “pruebas de conocimiento y mejor clasificación de los alumnos”; se impartieron charlas para el perfeccionamiento de los maestros. Todas las escuelas fueron dotadas con implementos hortícolas, mientras que en Carapan, Tacuro, Ichán, Tanaquillo, Urén y Etúcuaro recibieron herramientas de carpintería. Además, se organizaron coros y grupos musicales (AHSEP, DER, Caja 41, Exp. 32).

Respecto al bosque se llevaron a cabo dos expediciones, realizando observaciones sobre una plaga y recolectando varios insectos en “fases de metamorfosis”. También se formularon algunas sugerencias respecto a las posibilidades de “una explotación cooperativa racional del bosque”. En torno a la agricultura se instaló un vivero de aguacate y una “hortaliza comunal cooperativa en Urén”. Una pequeña presa para regular las aguas del río Etúcuaro y un proyecto para una planta de energía eléctrica, alimentada por agua, fueron impulsados por la EE (AHSEP, DER, Caja 41, Exp. 32).

Ana María Reyna de Olekiewicz estuvo a cargo de las pruebas de psicometría y de la obtención de datos “sobre la inteligencia general” de los niños; también midió otras habilidades como las de “razonamiento matemático, aptitud lógica, aptitud verbal y aptitud psico-sociológica”. Además, llevó a cabo una “investigación sistemática sobre el desarrollo del castellano y formó empíricamente un inventario de los vocablos”. Una parte de su tiempo estuvo dedicada “a la construcción de pruebas de adelanto escolar”, en particular sobre lenguaje hablado, escritura, lectura y cálculo. Basauri pudo llevar a cabo algunas actividades de investigación: redactó “boletas para el censo etnográfico”; elaboró un escrito sobre la alimentación; inició “el estudio antropométrico de los alumnos de las escuelas”, elaboró, además, “algunas observaciones en torno al bocio”; organizó un curso sobre elementos básicos de la etnografía, dado que los maestros habrían de ser capacitados para tareas de investigación. También Basauri pudo echar andar



estudios psicológicos tratando de captar “la aptitud lógica y el factor abstracto de la inteligencia” (AHSEP, DER, Caja 41, Exp. 32).

Un episodio poco claro pero que es necesario destacar refiere a la precipitada salida de Basauri de Carapan. La poca información disponible indica que Basauri salió huyendo cuando algunos agraristas lo amenazaron. Por las tareas etnológicas que realizaba, tuvo que entrar en contacto con habitantes del grupo de los llamados fanáticos. En esta versión, eso fue motivo suficiente para que los agraristas lo agredieran al grado de tener que abandonar, de manera inesperada la región de estudio.

A pesar de que Corona reconoce algunos aspectos positivos de las tareas y actividades llevadas a cabo por la EE, el tono de sus informes es sumamente crítico. De una población de 8 mil habitantes, en las escuelas estaban inscritos sólo 681 alumnos, de los cuales, únicamente 46.5% asistía con regularidad a clases. Zopoco era uno de los casos más dramáticos, pues ahí asistía 27% de los inscritos, todos ellos hijos de padres agraristas. En ese lugar, “después de un zafarrancho a tiros, los vecinos amenazaron al maestro y cerraron la escuela”; con apoyo del ejército la escuela fue reabierta poco después (AHSEP, DER, Caja 41, Exp. 32). Pero la resistencia no sólo se manifestaba en la escuela, sino en otros ámbitos. En un gran festival cultural organizado por la EE, al que asistieron cerca de 2 mil agraristas, no se registró la asistencia de ningún “fanático”. A pesar de que “la fiesta se había llevado a cabo “satisfactoriamente”, el propósito de “despertar [el] buen entendimiento y fraternidad entre los dos bandos” había fallado por completo. Aquel festival era un claro emblema de la profunda división faccional, de la magnitud del problema de educar y organizar a los indígenas y de la inutilidad de la EE (AHSEP, DMC, Carta de Enrique Corona dirigida al Jefe del Departamento de Escuelas Rurales, 8 de junio de 1933).

Corona insiste en varios documentos que tanto en el área de la investigación como en el ámbito de la acción “la labor realizada por la estación era insignificante y débil”; de hecho propuso concluir la experiencia de Carapan. El error de Sáenz y los miembros de la estación al haber tomado partido a favor de los agraristas era insalvable (AHSEP, DER, Caja 41, Exp. 32). Si se pretendía seguir con el experimento, era necesario cambiar de sede. De hecho, a pesar de que existían ya algunos planes de trabajo para desarrollar en el año de 1934, aquel experimento terminó en diciembre de 1933.



Epílogo

El penúltimo capítulo del libro de Moisés Sáenz sobre Carapan es una crítica a la obra realizada. El problema mayor de los grupos indígenas era su aislamiento: “Lo que pasa en La Cañada no sucede porque la comarca sea india, sino porque está apartada”, sostiene Sáenz (1936: 305). En ese momento de su vida estaba convencido de que la construcción de una carretera contribuiría mucho más al cambio cultural y a la consolidación del Estado y la nación. Al asumir Lázaro Cárdenas la presidencia de la República en el año de 1940, el nuevo mandatario anunció su intención de crear un departamento específico para la atención de asuntos indígenas. Sáenz se dio a la tarea de redactar algunos textos con el ánimo de contribuir a la iniciativa de Cárdenas. Como el mismo Sáenz lo señala, sus propuestas derivaron “directamente de la experiencia de Carapan” (1936: 312); con todo, sus proposiciones poco tuvieron que ver en la práctica con la creación del Departamento de Asuntos Indígenas, como el propio Sáenz lo reconoce y como Alexander Dawson lo documenta (véase Dawson, 2004).

En los años treinta, sobre todo durante la administración presidencial de Cárdenas, fueron fundados varios *internados indígenas* en diferentes regiones del país: se trata otra vez de un “experimento” desde el punto de vista de Basauri (véase 1940). Uno de ellos fue el Internado Indígena de Paracho. El Centro Coordinador Indigenista (CCI) de San Cristóbal de las Casas, instalado en el año de 1951, puede considerarse, según Agustín Romano, como “un verdadero centro de experimentación de métodos y soluciones”. Se trata del primer CCI que retoma, de distintas formas, las experiencias anteriores de la Casa del Estudiante Indígena, la Estación Experimental de Carapan, los Internados Indígenas, el Proyecto Tarasco y el Departamento de Asuntos Indígenas (véase Romano, 2002).

